

jar al lugar de los hechos ficticios", decía al principio de este comentario, pero, después de todo, quién quita que esa, la ciudad del Loco Tafur, resulte el deleite de unos cuantos viajeros que llenan sus maletas para venir y conocer la tierra de los ensueños demenciales, de las prostitutas deprimidas, de las alcantarillas y sus secretos milenarios. Es posible que la Bogotá que plantea Mendoza conjugue con las miradas foráneas, así como toda la expedición de Tafur por el Oriente Medio se hace creíble y atractiva para el lector criollo.

De cualquier forma, el escritor bogotano Mario Mendoza no desiste en su empresa de caminar y caminar por ésta, su ciudad, a la que le ha aplicado el singular lente de la demencia en *Relato de un asesino*. ¿Lúcida, torpe, enrevesada o genial? No se sabe.

NICOLÁS ORDÓÑEZ C.

Los setentas

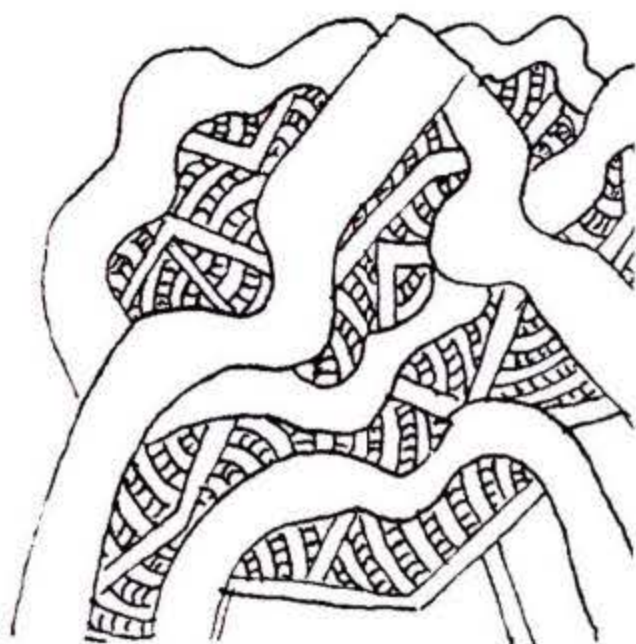
Amábamos tanto la revolución

Víctor Bustamante

Fondo Editorial para la Democracia Radical-Corpades, Medellín, 1999, 376 págs.

Bustamante es economista de la Universidad de Medellín, nació en 1954 y ha sido colaborador del periódico El Mundo, es ésta su primera novela y el título ya nos puede dar una idea del ambiente narrado: estudiantes de los años setenta, un poco de jipismo rezagado, mucha marihuana, bastante trago, algunos toques de filosofía, ciertas intenciones revolucionarias, sexo y teorías de todo y sobre todo. Es una novela urbana, a lo largo de Medellín, en los cines, por las calles, en los lugares frecuentados en esa época por los estudiantes sin dinero, los barrios de diversos estratos, los parques y las cafeterías.

Un poco atemporal, esta novela publicada en 1999, tan lejos ya del *boom* de novelas similares que hicieron historia, como *Que viva la música* de Andrés Caicedo y *Sin remedio* de Antonio Caballero, por nombrar las más conocidas. Situada, además, en pasados los años setenta, ya un poco atrás el movimiento *hippie*, pero en boga las efímeras revoluciones estudiantiles basadas todas en grandes cantidades de teoría y ron, tan efímeras como las intenciones de sus gestores.



El narrador es un joven, teórico y abstracto, obsesionado con las mujeres y enamorado del amor aunque a veces logra personificarlo. Su mundo, el ambiente general en los años setenta: las comunas, el sexo libre, la bota campana, la lucha social, Marx, Freud, los marxistas de la línea Groucho, Bob Dylan, Bertolucci, Buñuel, *El último tango en París*, la libertad, las secuelas del feminismo, algo de Brecht, mucho de decepción y un gusto especial por la cercanía de la muerte.

A pesar de la narración lineal, aparentemente, de ser un recuento de la vida del estudiante que toma tiento y toma mucha agua, que recorre la universidad mirando mujeres y lo sorprende la noche en cualquier agujero, la novela en realidad carece de una estructura seria que conduzca al lector por un camino con diferentes gradas. Es una novela en la que se pretende narrar muchísimo, pero, como sucede siempre con los recuerdos, siempre hace falta algo o sobra mucho. No todo es narrado ni todo lo narrado ameritó serlo; la lectura, pues, se hace un

poco difícil, el hilo conductor es débil y se rompe con frecuencia, la premisa inicial "amábamos tanto la revolución" se debilita, y ese sentir de la necesidad de una participación política se refunde en las escenas eternas de sexo y relaciones afectivas fantasmagóricas.

Ahora bien: la novela se desarrolla en la ciudad de Medellín, a lo largo de sus calles, bares y rincones, y parte en la Universidad de Antioquia. Lugares no descritos de manera totalmente satisfactoria, únicamente llegan a ser, para aquel que no conoce la ciudad o no conoció los lugares mencionados, simplemente una mención locativa.

Pero no voy a referirme a esa fauna citadina de los excesos y del sexo porque ya habrá otros espacios y otros momentos, sino a la vida sencilla y rica, compleja y despiadada, y por supuesto romántica por todo lo que sea querer estar siempre en la vanguardia que es la vida universitaria; esa piedra bautismal, piedra de sacrificio, de entrada al altar de Dios. Esa suerte de edad del pavo donde se dan las experiencias de estudiante que marcarán después una vida. Ahí en el campus de la universidad se redefinía toda la ingenuidad afectiva, pasional, política, literaria, existencial. Como si uno pensara que es necesario aprovechar esa experiencia al máximo. No pasar de lado como por un campo sembrado de frases y fresas de plastilina e ilusorios cielos de plástico. Alguien lo había dicho con más énfasis: países de cucaña. [pág. 10]

Afirma, pues, el narrador en las primeras páginas, ilusión que se desperdicia en la realidad escrita y pasa un poco de lado cuando el protagonista va sobre las pistas erradas que le deja una mujer "Eme", o "La Moderna", por quien siente un especial afecto —que el lector intuye, pues no se sabe a ciencia cierta nunca si esta mujer es la pasión del narrador, si ella encarna los varios amores, si existió o no, si es una mera ilusión

creada en el ambiente que se pretende recrear o si de veras ella es la marca ritual para hacer la novela—. No es el único personaje difuso: en realidad se crean y se abandonan multitud y por doquier, y los aparentemente principales pocas veces tienen algo que decir o que hacer entre tanta disertación y tanto recuerdo desordenado.

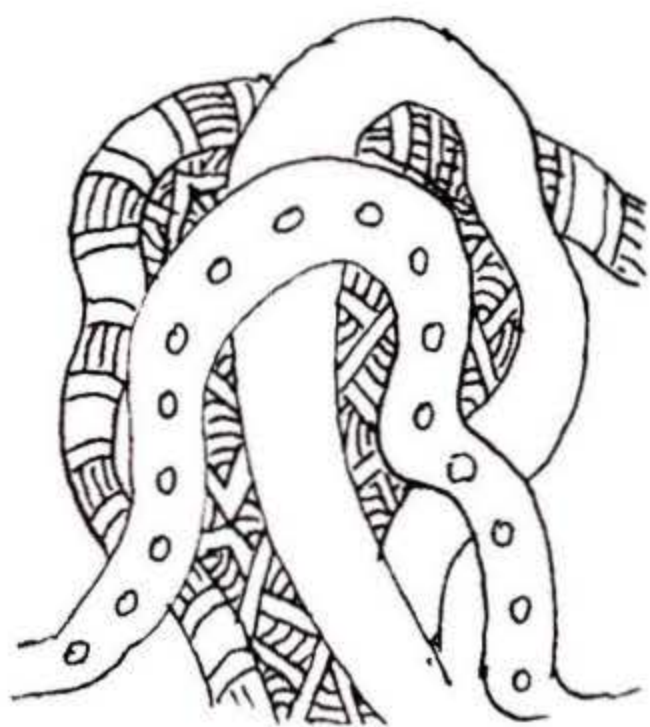
—Éste es el que te persigue —le dijo a quemarropa a la Moderna—. Se ha bajado de dos buses, cuando te ha visto o llama a tu casa y cuelga. Es un platónico patológico.

—¿Cómo así? —esbozó una sonrisa.

Pero yo quería extender mi anonimato, ser su sombra. Develado mi perseguidor, quedaba como un simple mortal...

—¿Qué es lo que tanto te gusta de mí?

Como estaba propenso para alabanzas, fui al lóbulo de su oreja izquierda, aspiré el olor de su pelo, rocé con mis labios su carne... [págs. 95 y 96]



Y luego se hace más tangible y, por lo mismo, más evasiva:

—Finge escuchar —insiste Giovanni—. Sólo está pendiente de quien la espía, no deja ese pelo quieto por nada del mundo, no le dará el papel prometido en mi ópera prima. ¿Y qué, ya la vas a acompañar a coger el bus? Y rio como una hiena en cualquier idioma. Roberto se apartó del reglamento y dijo:

—Hermano, hay que vivir. Fui a ella mostrando los andrajos de mi afecto. Le hice un gesto con la mano.

—Ya te alcanzo —respondió con toda la displicencia posible.

En la esquina de Palo con la Playa confirmé mi sospecha, el tiempo suficiente para fumar dos pielrojas, no llegaba.

Regresé. Esperaba en el mismo sitio, mi educación sentimental por el suelo.

Durante la lectura da la impresión de que la disculpa para escribir la novela, más que ese ambiente que marca hondo —los años de la universidad y sus ideales e idealistas—, es la huella que dejó una mujer; no hay, pues, pretensiones literarias, ni intenciones de recoger experiencias o de hacer una crónica para el futuro; parece que la novela es una especie de purga para evitar la condena o una venganza tardía.

—Hola —dijo— ¿y eso?
¿Acaso no veía en mis ojeras melindrosas mi ascesis por ella?
¿La estupidez de creer que era la única mujer posible? Obvio, aún no sentía mi ausencia. Era como si ante sus ojos encontrara a la persona más normal del mundo, faltaba el puntillazo final para la dominación. Protegido por la piel de zapa de Nietzsche, mujer o demonio... [pág. 214]

Peroregresemos al ambiente universitario y a la participación en movimientos de izquierda, esa revolución tantas veces anhelada y tantas veces utilizada como entretenimiento. Se intenta recrear una época en la cual, los grupos de izquierda presentes en las universidades formaban parte de los comités estudiantiles, una época de ideales y panfletos y persecución a los grupos de izquierda, pero da la impresión de que el autor traiciona al personaje y el muchacho que vive el asunto lo narra de manera un tanto crítica y mordaz, lejano ya, y, aunque el tiempo para el autor evidentemente ha

pasado, la novela sucede en ese entonces y no es creíble que el protagonista aparezca ya tan alejado.

En la cafetería espero que la noria de los días triture. En mi pasividad tenía un activo: el tiempo libre. Preparo mis oídos para escuchar esos cuentos chinos, en español, que comienzas a rodar desde la mañana. Un tinto y muchos chismes. El chisme es como decir el chiste de la chusma. Como sicofantes los muy léperos comen prójimo cada corrillo. Aparece Heleno... [pág. 51]



Y la distancia que ahora cobija al personaje-autor:

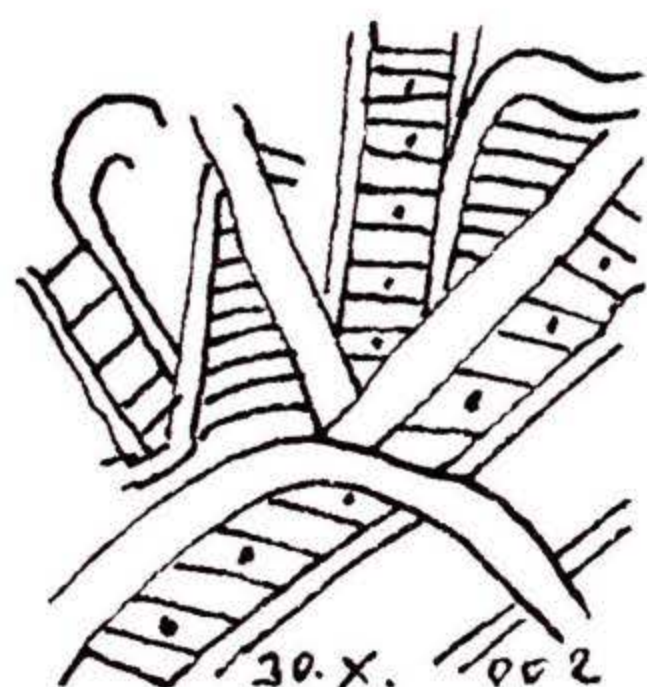
El cajón es color caoba. Lo cargan cuatro compañeros, digo compañeros, aunque no sé quiénes son, porque ese lenguaje de falsa camaradería se torna pegajoso. Nunca he hablado con ninguno de ellos, los he visto por las cafeterías, en los mítines como maitines o en las asambleas. Uno de ellos es bajito y con lentes de marco grueso, me lo encuentro hasta en la sopa, es decir en las clases de sociología, va a enredarle la materia al profesor novato de la Bolivariana que nada sabe de Marx. Lo sabotea en represalia, ya que los profesores de izquierda han sido botados y la carrera de sociología clausurada... [...]

—Hay que estar preparado, parece que las condiciones para la revolución están dadas —dice Giovanni.

No ha sido activista en nada, los sistemas enraizados sobre montones de cadáveres. La revolución es eterna y vieja. Nadie debería hablar en nombre de nadie. Frases para tejedores de palabras... [...]

El ataúd va cubierto con la bandera de la universidad y sobre la bandera un ramo y la puta tristeza que contagia. Lo único solidario es la muerte, es breve, llega sin esfuerzo.

Una piedra golpea el casco de un soldado, estalla un petardo y todo el mundo corre. Se arma la algarabía, algunas muchachas se vuelven histéricas... [págs. 52 y 53]



Y luego la otra revolución, una más duradera y con adeptos más frecuentes —la sexual—, donde el autor en la narración se deja llevar por otra forma de escribir, donde ensaya, esta vez sí, un estilo que corre entre adjetivos y búsqueda de imágenes. Es un descubrimiento sexual entre poetas y menciones literarias y versos, que rompe la intención primaria, se olvida de la ciudad, de los sentimientos encontrados y de la realidad del campus.

Olvidados para el mundo en fin de semana sexo drogas alcohol y sangre o lo uno o lo otro de ahí no se tiene escapatoria nos acompaña paveses con su diario sobre su cama serpentea inventa posturas...

... alcé mi ceja derecha sudoroso tumbado sobre ella como una sorpresa todo era posible en este mundo y en los otros por esa jeta había dicho algo que parecía mentira

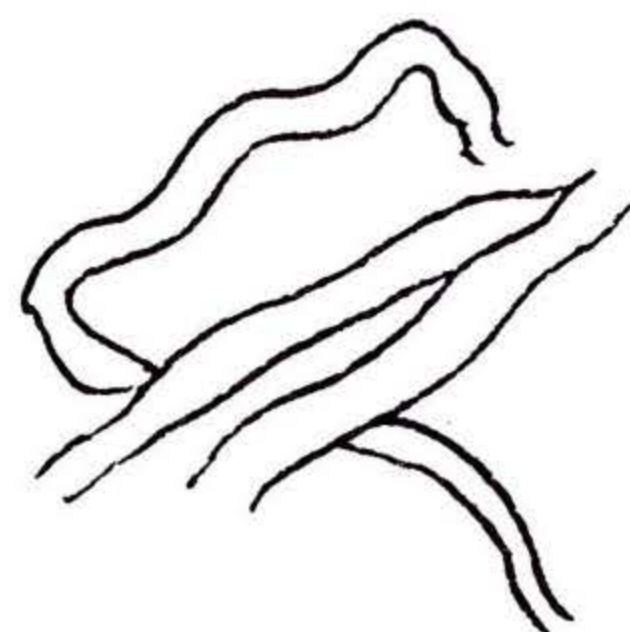
cómo me vi preguntando la condición era leer un texto pescado esta semana comenzó con un saludo trágico amor constante más allá de la muerte de quevedo los versos que lo eternizan el teléfono convertido...

... embriagados con brandy tirados sobre su lecho leía algunas páginas de justine y se conmovía con la presencia del poeta de alenjandría luego cuando la literatura había cumplido se presencia abría su cuerpo en esa complicidad que ofrece una tarde de domingo...

... este fin de semana fue dedicado a leer dos antagonismo los ciento veinte días del divino marqués y los diarios de kafka luego a horcadas sostengo su... me despinta comienzo a quitar su capa de pintura hasta que encuentro su rostro normal hoy hemos leído el primer capítulo de la habana para un infante difunto tendida sobre el piso... [págs. 226, 227, 228 y 229]

Y así sucesivamente, sobre orgasmos y descubrimientos literarios se va pasando el tiempo, mientras se gritan consignas, se hacen promesas, se tejen lazos de afecto, hasta cuando el narrador tal vez esté por terminar la carrera (de los intereses se sabe poco, algunas lecturas y datos sobre cine, pero en realidad no se sabe qué carrera sigue o por qué está allí, si es estudiante o un simple colado, interesado en seguir niñas), y una vez abandonado decide regresar a la universidad para ver con quién se encuentra en los pasillos.

Éramos tan jóvenes, tan supremamente jóvenes que el tiempo no contaba. Ya no seremos felices, pensé. Volví a convertirme en el hombre de ninguna parte, haciendo planes para nada. Las calles de Medellín me llamaban de nuevo, quedaba la posibilidad de que en algún lugar de la ciudad comenzara a fabricar otro encuentro con alguna muchacha. Me hundí de nuevo en la muchedumbre donde había tantas historia de la vida que huye. [pág. 376]



Los personajes, poco perfilados, generalmente con un apodo que el lector nunca sabe a qué responde, desempeñan un papel difuso. No se ve un grupo conformado alrededor de algún interés, no se ven, en realidad, las intenciones políticas amarradas a una estructura; las salidas a los bares, los cigarrillos de marihuana, las orgías o las preocupaciones instantáneas aparecen y desaparecen como si no fuera necesario seguir una línea de narración. El afán de convertir el recuerdo en algo más tangible sobrepasa la necesidad real de hacer literatura. Ese tumulto del recuerdo trivializa el sentir de los jóvenes, trivializa el haber querido hacer la revolución, hecho perfectamente creíble y casi necesario, teniendo en cuenta la época y la situación. Ese rechazo sordo que se escucha por todos aquellos que en algún momento gritaron consignas y luego, poco tiempo después, empezaron a aparecer retratados en las páginas sociales como personajes importantes, no se desarrolla de manera tal que tenga algún efecto sobre el lector. Es ésta una novela que llegará a manos de universitarios actuales, algunos tal vez con intenciones de hacer la revolución, otros seguros de querer pertenecer a la elite, pero es difícil que cualquiera de los dos extremos pueda concluir o sacar algo en claro de éste complejo recuento de recuerdos, homenaje muy personal a una época que en el escrito no trasciende el estrecho círculo personal.

JIMENA MONTAÑA
CUÉLLAR